

romanticismo. Inopidamente desvestidas en las calles o en las oficinas, estas gentes están, por su carne insensata, emparentadas a las Venus de Granach, a los Adonis y Ledas en madera de Hildesheim, a los vitrales abigarrados, a los gnomos tipográficos del alfabeto gótico, a las callejas estrechas, a las cantinas bajas, al olor del sufrimiento y del mal. Todo esto es ciertamente feo, pero de una fealdad perfecta, una fealdad que ha alcanzado ese clima determinado en que nuestras medidas vulgares son ineficaces. Que los clientes del café Schotendalm se regocijen. Pues si son censurados desde el punto de vista ético, ¿no son acaso glorificados bajo el punto de vista estético? Les están reservados en el pasado retratos de antecesores y en el porvenir el horror de los descendientes".

El mundo de Heinrich Zille es más modesto. Profundamente realista, Zille no se proponía sino reproducir tipos y gestos de su tiempo. De familia obrera, su arte guarda la impronta de una clase. Grosz, de origen burgués, puede sentir satánicamente, con refinada ironía, lo grotesco y lo mórbido de sus personajes, los clientes del café Schotendalm. Zille, hijo de un cerrajero y de la hija de un minero, es en su traducción de estos tipos algo rudo y basto. Se le siente primitivo como esos artistas anónimos del Medioevo que tallaban réprobos, demonios y poseídos en la piedra de las catedrales. Y es tan fuerte su talento artístico que se impuso al mismo gusto mundano. Las páginas quintaesenciadas de "Der Querschnitt" no lucían con menos orgullo su firma que las páginas beligerantes de "Eulenspiegel".

La sátira es arte social. No hay, pues, que sorprenderse de que los artistas que más religiosamente la ejercen, sean confesores y militantes activos de su fé revolucionaria. A una encuesta sobre el socialismo y los artistas, Heinrich Zille en 1924 contestó con estas netas palabras: "A vuestras preguntas, responderé lo siguiente: Desde la edad de catorce años

(1872) soy socialista. Pero desde 1914 no lo soy más. Desde que los comunistas dicen y aplican lo que antes los socialistas han querido hacer sin aplicarlo, soy comunista". Zille estaba siempre íntegro en su expresión literaria o plástica. El proletariado berlinés, que en los solemnes funerales organizados por la Municipalidad de Berlín lo ha despedido con emocionado reconocimiento, sabía bien que Zille trabajaba con su arte por la revolución, por el socialismo.

J. C. M.

MERCEDES PADROSA, PIANISTA MEDITERRANEA

Si fuera preciso definir la personalidad artística de Mercedes Padrosa, yo no encontraría, para ello, calificativo más certero que el de "pianista mediterránea" porque las interpretaciones de la artista catalana están animadas por el hálito de aquel mar maravilloso, que baña las costas de su tierra. Mercedes Padrosa es pianista mediterránea y, por ende, dionisiaca, exaltada, apasionada. Más que la intérprete de los músicos nórdicos, de los compositores góticos, es la intérprete de las jotas nerviosas de Falla, de las canciones ardientes de Albeniz, de los ritmos hondos de Granados. Es una artista que no podría ser infiel al espíritu de su raza y de su tierra; su tierra y su raza la poseen por completo.

Exaltada, apasionada y romántica, Mercedes Padrosa es también exquisitamente musical. (Hay pianistas— y esto no es una paradoja— antimusicales, pianistas-máquinas, que restan a las obras toda armonía. Únicamente dejan las acrobacias y las dificultades técnicas).

Las manos de Mercedes Padrosa son manos hechas para los bellos sonidos, para los acordes melodiosos, para las escalas limpias. El piano es el elemento natural de esas manos. Y siempre en las interpretaciones de la artista catalana canta la gran voz nostálgica de los mares de su tierra.